

Sembrando semillas de paz en el jardín de la primera infancia

Autora: Laurie Clark

En el otoño del 2006, en la arena Magness de Denver, Colorado, tomó lugar la congregación más numerosa de personas premiadas con el premio Nobel por la paz. Doce sillas vacías aguardaban en el escenario, y una atmósfera de emoción y anticipación colmaban el auditorio. Estaba sentada entre los espectadores entre mis dos hijas, de diecisiete y veinticinco años, y me sentía privilegiada de poder estar presente. A medida que los laureados ingresaban al escenario, una atmósfera de asombro y silencio se esparció rápidamente entre el público.

Uno por uno los doce oradores se dirigieron al público. Cada uno tenía una historia única: algunos habían sido encarcelados, exiliados, o torturados por sus intentos de traer paz al mundo. Cada uno habló con asombroso entusiasmo y valentía.

Adolfo Pérez Esquivel, un defensor de los derechos humanos argentino, habló sobre la necesidad de que cada persona “desarme” su propia conciencia antes de que pudiera tomar



lugar un desarme a nivel mundial.

El Dalai Lama habló sobre la importancia de la tolerancia religiosa en cada individuo para el desarrollo de la tolerancia mundial y aceptación mutua.

Shirin Ebadi, un activista que promueve los derechos de la mujer y de los niños en el medio oriente, enfatizó la necesidad de “la globalización del corazón” en cada uno de nosotros, o sea extender nuestra empatía y preocupación profunda

a todos los habitantes de la Tierra. También habló sobre como los destinos de todos los seres humanos están entrelazados y de como, en fin de cuentas, somos “los guardas de nuestros hermanos”.

Betty Williams, una activista por la paz en Irlanda del Norte, manifestó con firmeza la necesidad de poner fin al trabajo infantil y a otras formas de explotación de los niños. Actualmente está construyendo un centro en Italia llamado “La Ciudad de Paz y Compasión” para remediar estos problemas.

Jody Williams, un norteamericano opinado que se ha dedicado con fervor a desactivar y despejar minas en todo el mundo, dice que “La paz implica arduo trabajo. No se trata de un arcoíris o de una paloma. Implica salir todos los días y actuar. No deje que una situación le despierte únicamente un sentimiento— ¡transformelo en acción!”

He sido una maestra de jardín Waldorf por veinticinco años. Al escuchar estas ideas profundas, comencé a cuestionarme y a reevaluar mi vida. Lo que estoy haciendo, ¿tendrá un impacto positivo? ¿Es hora de hacer algo diferente? ¿Debería investigar la posibilidad de trabajar para la Ciudad de Paz y Compasión, ya que mi pasión ha sido siempre trabajar con niños? Al ser una maestra de jardín Waldorf, ¿estoy “inyectando acción” en el mundo y haciendo mi parte en la creación de paz? Conviví con estas preguntas durante varios días recordándome las palabras de los ganadores del premio Nobel de la paz.

Después de una búsqueda espiritual prolongada me sentí animada por esta simple pregunta: ¿Estoy preparando los niños en my jardín para que se transformen en individuos atentos, bondadosos, creativos, y participantes entusiastas del mundo, dotados de una voluntad valiente dispuesta a emprender acciones que fomenten cambios positivos?

Al fin y al cabo me di cuenta que, como maestra de jardín Waldorf, estoy justamente

intentando hacer esto. De manera humilde, estoy sembrando semillas en el jardín de la vida de los niños, semillas que podrán brotar en pensamientos, palabras, y obras que contribuirán a la paz en el mundo.

Una de tales semillas es la celebración de festivales anuales. Los festivales son un elemento importante en el programa de primera infancia

Waldorf (como lo son para toda la escuela, hasta durante los años de secundaria), y muchas actividades están organizadas en función de ellos.

Durante las celebraciones, los niños—y sus maestros y padres—experimentan el significado y la alegría de la vida. Los niños también comienzan a desarrollar una conexión con la naturaleza que podría transformarse más

adelante en un sentimiento de responsabilidad hacia el medio ambiente.

Comenzamos el año con el festival de la cosecha cuando recolectamos frambuesas en una granja orgánica, preparamos mermelada, horneamos pan, batimos la nata de la mantequilla, y recogemos manzanas de un árbol cerca de la escuela. Todas estas actividades ocupan nuestros días con trabajo valioso y nos llenan de gratitud hacia nuestra Madre Tierra, que nos ha provisto con tanta abundancia. Las familias participan con nosotros y prensamos sidra de manzana y nos adornamos la cabeza con coronas hechas de hermosas hojas otoñales.

De manera humilde, estoy sembrando semillas en el jardín de la vida de los niños, semillas que podrán brotar en pensamientos, palabras, y obras que contribuirán a la paz en el mundo.

Se cuentan historias de Miguel, el guerrero celestial. Miguel, montado en su corcel, cruza el cielo y vence al dragón mientras de su espada dorada llueven estrellas fugaces que se caen a la Tierra. Estas estrellas meteóricas llenan el corazón humano de valor. Tal vez todos tengamos que conquistar dentro de nosotros nuestros propios “dragones” para alcanzar una naturaleza más alta. ¿No sería este acaso una manera de “desarmar nuestra conciencia” como lo expresó tan elocuentemente Adolfo Pérez Esquivel?

En noviembre, cuando los días se acortan y las noches se alargan, celebramos el festival de la linterna, también conocido como Martinmas. Cada niño construye una linterna que sujeta una sola vela. Cantamos canciones sobre como nuestra linterna alumbra la noche profunda y oscura. Luego, una de las noches, nos juntamos con las familias y valientemente avanzamos en la fría oscuridad cantando, alumbrando, llevando en nuestras manos una casa de luz brillante. Seguramente esto crea una memoria duradera de enfrentarse a situaciones oscuras con entusiasmo, llevando la luz de una nueva idea, y actuando en el mundo con valentía.

En diciembre, cuando los días son los más cortos de todo el año y se acercan las fiestas invernales, tenemos el Jardín de Adviento. Ramas de árboles de hoja perenne son dispuestas en forma de espiral al interior de un gran cuarto oscuro, en el medio del cual yace el tocón de un

árbol sobre la cual se ha puesto una gran vela. Un “ángel” aguarda en la entrada de la espiral y entrega a cada niño una manzana con una vela inserida. Guiada, la niña sigue la espiral hasta llegar a su centro y allí prende su vela, mientras una suave música inunda el cuarto. Luego vuelve sobre sus pasos y sale de la espiral y, por el camino, deja su vela. La vela de cada niño

Pero en cada festival, el ser humano es reconocido como ciudadano de la Tierra y ciudadano de los Cielos, y la celebración busca crear una conexión entre los dos mundos.

ilumina cada vez más el camino de la espiral. Cada niño aporta más luz a la senda para que el niño que le sigue pueda encontrar el camino. Un niño más grande lleva una vela a nombre de todos los niños que están enfermos, desamparados, hambrientos, o tristes. El niño muestra una reverencia profunda en su rostro cuando camina la espiral. ¿No es

este evento un ejemplo viviente de la observación de Shirin Ebadi que todos los seres humanos están entrelazados y que necesitamos llegar a ser el guarda de nuestro hermano?

Los festivales continúan a lo largo del año —Pascua de los cristianos, Pascua de los judíos, el Primero de Mayo, y así varios otros. Cada uno es caracterizado por sus calidades particulares y experiencias. Pero en cada festival, el ser humano es reconocido como ciudadano de la Tierra y ciudadano de los Cielos, y la celebración busca crear una conexión entre los dos mundos. Esto se logra a través de historias repletas de imágenes arquetípicas, preparación, y el cumplimiento de trabajo práctico que tiene propósito. El experimentar ambos mundos cuando estos

se relacionan saludablemente puede ayudar a fomentar equilibrio, armonía, y paz en el corazón del niño. Cada festival es una obra que actúa sobre la conciencia en desarrollo del joven.

En el jardín de infantes Waldorf, el cumpleaños de cada niño es celebrado con alegría y como un evento importante. Acompañado por sus padres, el niño ingresa al interior del círculo de niños y se sienta en una silla dorada. Después de un verso y cantar una canción, el niño, por cada año que cumple, pega una estrellita hecha de cera de abeja a una vela de vidrio mientras sus padres describen los eventos memorables de ese año. La vela se pasa de mano en mano por vuelta del círculo, y los niños y los padres van expresando sus deseos para el niño que cumple los años. La maestra entonces cuenta la historia del viaje que hizo el niño de los Cielos hasta la Tierra y de la búsqueda que ha emprendido. Esta experiencia, se espera, transmitirá al niño la noción de que su vida es importante y que tiene propósito. Más tarde, a medida que esta

búsqueda se revele, tal vez la memoria de la celebración le engendrará el ímpetu para salir al mundo y cumplir su destino.

El establecimiento de la paz en el mundo va a requerir que cada ser humano desarrolle su paz interna y confianza en la bondad de la vida y de la naturaleza; que cada uno “desarme” su conciencia, que reconozca y dome el dragón interno del egoísmo, que cada uno desarrolle y sienta preocupación, empatía, y tolerancia hacia todo otro ser humano, y que cada uno tenga la voluntad y la energía para actuar positivamente en el mundo.

Los festivales del jardín Waldorf y el festejo de los cumpleaños de los niños ayudan a que se desarrollen estas mismas capacidades. Es mi esperanza como maestra de jardín infantil que estas semillas que han sido sembradas durante la primera infancia florecerán más adelante en sus vidas como impulsos que los llevarán a actuar a favor de la paz.

FIN

Translation Agency: **Catium**, www.catium.com
Translator: **Daniel Catalaa**, dcatalaa@catium.com

Crédito de la foto: Alik Sapountzi
